

el objeto de esa totalidad, aislarlo, abstraerlo, idealizarlo, irrealizarlo. Como dice Papp, «el péndulo matemático, el gas ideal, el cristal perfecto, el cuerpo químicamente puro no existen en el universo físico, y, a pesar de esto, no es más que a ellos —y no a los objetos de que fueron extraídos— a quienes se aplica con rigor la ley científica... Vista la complejidad de lo real, sin esta abstracción simplificadora, ningún conocimiento científico sería posible y ninguna ley podría ser establecida» (*cit.* por Maravall). El grado de abstracción es menor en la Historia que en la ciencia natural, y el límite de la misma, hoy por hoy, sólo puede quedar encomendado a la inspiración del historiador. El criterio de abstracción viene dado por el conjunto, por la totalidad relativa que tratamos de estudiar. Y esa operación de abstracción o selección sólo puede hacerse atendiendo a la importancia o relevancia de los datos respecto de la interpretación que ensayamos.

Dentro de la tradición analítica en filosofía de la Historia, E. Nagel, sin renegar del modelo hempeliano de explicación, reconoce en el historiador una capacidad para sopear (*weighing*) variables causales, para asignar grados de importancia a datos y a causas. Ahora bien; Maravall, coincidiendo aquí con E. H. Carr, afirma que la forzosa operación de selección no viene impuesta por los intereses subjetivos del historiador, sino por las relaciones objetivas de la estructura histórica que construye. Tanto en física (Schrödinger) como en Historia (E. Meyer) se recomienda una juiciosa renuncia al conocimiento del detalle. Ante la masa informe de datos de un conjunto que puede presentarse ante el historiador, el investigador intenta preguntar a esos datos, formula una hipótesis, tantea ordenarlos en una interpretación. Recuerda Maravall cómo, según Mandelbaum, las hipótesis se basan en la previa experiencia personal, en las nociones científicas o pseudo-científicas que el historiador posee (sobre la raza, la economía, etcétera), o en la práctica o testimonio de otros historiadores. Ya Newton decía: «Tengo ante mí el objeto de mis investigaciones y espero a que comiencen a aparecer las primeras luces.» Y, siguiendo una vez más a Carr en su *¿Qué es la Historia?*, sostiene que no todos los datos del pasado son hechos históricos, y que hecho histórico es tan sólo aquél construido como tal por la elaboración e interpretación en que el historiador lo articula. Es sólo la visión del historiador la que transforma un puro dato en hecho histórico. Por eso, la Historia es siempre, necesariamente, interpretación y no mero reflejo de una nuda realidad que de suyo sería realidad histórica. El historiador desarrolla siempre una actividad de selección con vistas a una interpretación. No otra cosa hace el físico; la diferencia, dice Maravall, está en esa manera de construir y seleccionar: el físico busca establecer los hechos según series lineales de repeticiones; el historiador trabaja en círculo, buscando a través de las diferencias lo que, con frase feliz de Huizinga, llamaríamos «la coherencia en función de un todo espiritual».

4. Superado, tanto en las ciencias naturales como en las históricas, el que Maravall denomina «mito de la experiencia pura» —de la experiencia concebida como un orden objetivo de fenómenos que pueden ser constatados por todos—, ver lo que realmente acontece, como pretendía el lema de Ranke, quiere decir, en realidad, ver lo que captan los métodos científicos y, sobre todo, verlo tal como lo captan. La Historia sólo puede ser asunto de la mente, porque, como todo saber, se encuentra en el entendimiento y no en las cosas.

Siguiendo, una vez más, el paralelo con lo acaecido en las ciencias naturales, podemos decir que también existe una realidad histórica, pero no existe una realidad en cuanto

que objeto de la Historia, constituida formalmente como tal, anterior a la ciencia que trata de interpretarla. Esa que hemos llamado realidad histórica está ahí, fuera de nosotros, presionándonos, instándonos a su conocimiento; pero para que podamos hacerla penetrar en éste, hemos de configurarla. Sigue aquí Maravall las grandes líneas de la epistemología orteguiana, la cual, en aquel punto que consideró siempre su principal aportación a la filosofía, la superación tanto del idealismo como del realismo en la nueva concepción de las relaciones del sujeto y el objeto, sostuvo el pleno valor objetivo que la «realidad» posee, y que le viene dado por el hecho de que toda realidad es perspectiva a la vez que se da siempre en una perspectiva. Añádase a ello una segunda idea: dado que la realidad radical —la Vida— se expresa libremente en formas, la realidad *in genere* se da siempre en formas, en figuras, en estructuras; «de manera», continúa Maravall—, «que aunque se piense que esa figura de lo real surge al enfrentarse el hombre con las cosas, “lo decisivo en el asunto es que ni aún en este último caso es el ser una forma del sujeto que éste echa sobre las cosas”» (cit. por Maravall en *Teoría del saber histórico*, p. 106).

Este papel de la observación del investigador, que en cierto modo *crea* el objeto histórico, ha sido reconocido por un historiador como E. Meyer, de quien, dada su afiliación a la epistemología positivista, difícilmente cabría esperarlo. Únicamente hay que objetar a Meyer el que haga depender la selección que todo historiador hace de los hechos del interés histórico que el presente pone en cualquier efecto. En esa presentización de la Historia, Meyer se alinearía con Croce y con Collingwood. No, dice Maravall. No podemos aceptar que la condición de relevante de un hecho, en tanto que acontecimiento histórico, dependa del presente. De éste sacamos, ciertamente, temas, problemas, enfoques, puntos de vista, creencias que organizan nuestra visión, etcétera; pero, una vez que provistos de los medios de visión intelectual que el presente nos proporciona, nos dirigimos a un conjunto de hechos y los articulamos según una estructura, en la objetiva condición de ésta se basa la importancia y organización de los hechos, y nuestra interpretación deberá plegarse al relieve que de suyo hemos de reconocer en ellos. En Historia no conocemos, ni podemos conocer, la realidad histórica en sí, esto es, «como ocurrieron en realidad (*eigentlich*) las cosas», si en esa frase las palabras «en realidad» quieren decir con independencia de todo observador que las contemple.

Para la ciencia clásica observación equivalía a observación sensible. El grandioso desarrollo de la ciencia actual, apunta Maravall, se debe, en gran parte, a no verse encadenada al mero dato sensible.

Bauer achacaba un déficit a la Historia en el hecho de que no disponemos de ningún órgano que nos permita penetrar en el interior de los hechos de conciencia. Este aserto, que parecía reivindicar como método supremo la *Einfühlung* historicista, no se sostiene, según Maravall, pues no se trata de averiguar intenciones, propósitos, ni ninguna suerte de interioridades psicológicas que, a lo sumo pueden servir de referencia auxiliar. El hecho histórico no es el hecho psicológico, ni un campo de experiencia se confunde con otro. La Historia busca el sentido objetivo de los hechos en un conjunto, no su motivación psicológica individual. Con este aserto Maravall se aparta decididamente del psicologismo de ciertos epígonos de la *Kulturgeschichte*. No obstante, concede a Dilthey su parte: «Una catedral, un soneto, una letra de cambio, un contrato, no tienen la realidad sensible, ópti-

ca o acústica, con que impresionan nuestros sentidos. Lo que ante ellas experimentamos es la expresión de un hacer humano. Ese hacer es vida humana y nos es accesible porque partimos de un conocimiento de esa vida. El sujeto que en las ciencias del espíritu, y eminentemente en la Historia, observa y conoce, es la totalidad viviente del hombre; no unas facultades aisladas, sino su vida entera como una estructura organizada... La experiencia histórica está integrada por hechos psíquicos que se dan en la vivencia, en el interno experimentar de nuestro existir... Los hechos históricos son hechos psíquicos, pero no tratados psicológicamente... Toda realidad en la cual el hombre ha puesto su sello —el mármol de la estatua, las hojas del libro, los linderos de un camino— es expresión de vida, y esas cosas que de tal manera se convierten en cosas humanas, se dan siempre en una conexión, en una estructura. El sentido que han tomado objetivamente al ser articuladas en ese conjunto es lo que tratamos de averiguar, y por eso las experimentamos históricamente como manifestaciones de vida vivida, coagulada, configurada» (*Ob. cit.*, pp. 114-116, *passim*).

Al observar y conocer su vida entera, en la cual se le da la experiencia de lo humano, el observador es historiador y sujeto histórico, y esto condiciona de tal manera su observación y su labor, que la teoría del conocimiento histórico tiene que hacerse cargo del problema. Su propia formación, el conocimiento crítico de las fuentes, completando el esclarecimiento epistemológico, dará al historiador el material para poder formular juicios impersonales, no valorativos, juicios lógicamente contruidos sobre la realidad, no sentencias.

Esta problemática conduce de por sí a la cuestión de la objetividad en la Historia: ¿cómo alcanzar una objetividad, no de las valoraciones, sino de los conceptos y de las interpretaciones que con ellos construimos? No se trata en este caso, afirma Maravall, de ser justos, sino de ser exactos, dicho en fórmula aproximada. Como historiadores no pretendemos tanto como saber si los comuneros tenían o no razón, sino tan sólo cuál fue el sentido de la guerra de las Comunidades. ¿Cabe, pues, un conocimiento que sea, si no tanto como una fiel versión del acontecer, independiente de las condiciones del observador, sí válido en general dentro de los límites de una situación? La respuesta de Maravall va a consistir en un criterio que, desde un punto de vista formal, Gallie atribuye a la estructura narrativa de la obra histórica y Kuhn, desde un punto de vista sociológico, adjudica a una teoría científica en general: la aceptabilidad por parte de cuantos participan en el sistema de interpretaciones que en una situación dada se da, condición necesaria y bastante, según podemos pensar hoy, para que un saber pueda presentarse como ciencia. (*Ob. cit.*, p. 119).

¿Cabe expurgar el factor subjetivo del conocimiento histórico? Recurriendo una vez más a las enseñanzas de las ciencias naturales, Maravall sienta este axioma: no conocemos nunca puramente un sistema objetivo de fenómenos, puesto que en cuanto se fija la observación en él, resulta alterado; lo que nos es accesible ha sido creado, por lo menos en cierto modo, en el proceso de observación. Y al sentar este principio, acuden a la pluma de Maravall nombres inevitables: Jordan y Heisenberg. Y a ellos se añade el del naturalista Von Uexküll, quien en 1913 escribiera: «El observador no puede abandonar jamás su punto de vista subjetivo. Los objetos que observa permanecen siempre co-